

NOA LA PELOS

en

Cachitos de mi vida



DiQueSí



© Ediciones DIQUESÍ

© de la autora: Cecilia Alonso

Ilustraciones: Cristina de Cos-Estrada

Edición: María J. Gómez

Diseño: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-949396-9-3

Depósito Legal: M-40352-2019

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2019

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.



*Para la Presidenta y el Titán, porque
supieron llegar cuando más falta hacían.*



UNO

Σί, σοϋ γο, Noa



Hola. Soy Noa, ya sabéis, la Pelos.

Soy la amiga de Antxón, ese chico que en su libro os contó cómo se convirtió en zombi y cómo tuvo que mudarse de Parla a Alcobendas. ¿Os acordáis? Que luego lo pasó un poco mal en el colegio, porque al ser zombi, a partir de cierta hora se empezaba a pudrir, se caía a cachos y olía como a bomba fétida. Ese es Antxón. El pobre se metía en cada lío al principio...

Yo soy la chica a la que llamaba la Pelos. También soy zombi, pero al principio Antxón no lo sabía. Yo le observaba en clase, cuando trataba de pasar desapercibido, pero se le daba fatal lo de disimular, porque andaba perdiendo el brazo cada dos por tres.

Hay muchos como nosotros en Alcobendas. Convi-
vimos con los humanos, pero en la sombra, sin que

ellos lo sepan. No deben enterarse de que existimos, ¡a saber qué harían!

Aparte de lo de ser zombis, somos bastante normales. Mis padres dicen que me tenían que haber puesto de apodo Jefa, no Pelos. Siempre están con la misma bromita, y todo porque me gusta organizar bien las cosas. No mandar, que la gente se confunde, sino organizar, que es bien diferente.

Lo bueno es que, como también soy tímida al principio, estuve dos meses sin hablar con nadie cuando me cambiaron a este cole, porque me daba mucha vergüenza. Y al segundo día ya me habían puesto el apodo de la Pelos, porque, no es por presumir, pero tengo bastante estilo peinándome. He aprendido a arreglarme con los tutoriales de Internet. Lo llevo siempre monísimo. Con el flequillo hacia un lado, como las presentadoras de la tele, aunque a veces no consigo que se sujete bien y se me cae en la cara.

Resumiendo, que ahora todo el mundo me conoce como la Pelos. ¿Me ubicáis ya?

Y yo, la Pelos, soy la que cuenta esta vez la historia.

Es que Antxón no puede, está paralizado. Sus padres lo han colocado en la cama, tumbado boca arriba. No respira, no se mueve, está petrificado. Así que he de

ser yo la que os cuente todo lo que sucedió, aunque también podría hacerlo Rober; pero, bueno, ya sabéis cómo es Rober... Creo que yo lo haré mejor.

Vamos al tema. Esto fue lo que pasó...



Antxón no fue el primero. La primera en quedarse paralizada fue su hermana, Amaia. Por la picadura de un mosquito, uno con bastante mala uva.

Debía de ser de esos africanos, de los que habría acabado con la vida de una persona normal; sin embargo, a Amaia, como era zombi, la dejó catatónica, rígida y patitiesa como una estatua. Se quedó con una pierna levantada, con la que pretendía echar a correr para escapar del mosquito, y los brazos en alto, intentando espantar aquel bicharraco antes de que volviese a picarla. Lo único que acertó a decir antes de quedarse completamente parada fue: "Ay, ay, ay, maldito mosquito. ¿Por qué siempre vienen a mí?". Y así continuó, con los brazos hacia arriba, enredados, y cada pierna para un lado, como si en lugar de una niña fuese un cuadro de Picasso.

Antxón y yo, que estábamos con ella en el parque, nos preguntamos si nos estaba gastando una broma.



Rober también se encontraba allí, y él sí pareció darse cuenta de que la cosa iba en serio desde el minuto uno, porque la bolsa de gusanitos que estaba comiendo se le cayó rodando por el suelo. Rober no es muy listo, pero a veces sorprende.

—Venga, Amaia, ya nos hemos reído —le dijo Antxón a su hermana antes de ir hacia ella y darle varias palmaditas.

Lo único que consiguió fue que Amaia se cayese al suelo, así, como si fuese una plancha, sin doblar las rodillas ni nada. Se pegó un buen testarazo.

Antxón se puso supernervioso cuando vio que aquello no era una broma. La levantó un poco por la parte de la cabeza y comenzó a agitarla como si fuese un sonajero para que reaccionase.

Lo único que hacía Rober era mirar a Amaia y luego a los gusanitos tirados por el suelo. Ni Antxón ni él eran capaces de pensar con claridad. Así que tomé el mando.

—Vamos, Antxón, levántala por los pies. Rober, tú por la cabeza.

Amaia es muy delgada y menuda, pesa menos que un algodón de azúcar, pero tardamos siglos en llevarla hasta su casa porque teníamos que ir escondiéndonos de los

transeúntes. Era una estampa rara, dos niños llevando a una niña que parecía un bicho palo, agarrada como si fuese un tablero. Además, nos daba miedo que pensasen que la habíamos dejado así nosotros. Si alguien nos paraba, tendríamos que dar muchas explicaciones, así que nos escondíamos detrás de algún coche y luego íbamos corriendo hasta un contenedor, y de ahí, a una parada de autobús. Nos ocultábamos detrás de cualquier cosa lo suficientemente grande para resguardarnos a los tres, y después nos escabullíamos por las callejuelas menos concurridas. Nos costó lo suyo llevarla hasta su casa.

Cuando entramos, a su madre casi le da un síncope al ver a su hija en ese estado. En cambio, el padre reaccionó de inmediato y nos hizo dejarla en su habitación, sobre la cama. Tuvo que ayudar a Antxón y a Rober, que estaban tan cansados que llevaban a Amaia casi rozando el suelo. Hasta le arrastraba el pelo. La madre de Antxón le pellizcaba los brazos a ver si reaccionaba, pero Amaia no movía ni siquiera los ojos, que se habían quedado bien abiertos. El mosquito le había picado en el cuello, donde un sarpullido rosa no hacía más que crecer y abultarse.

La colocaron sobre la cama y la cubrieron con una manta fina. No cabía demasiado bien, al tener los

brazos extendidos hacia arriba, pero no había forma de bajárselos ni de doblarle el cuerpo. Estaba, como ya he dicho, tiesa como un palo. Tuvimos que dejarle los brazos apoyados en la pared, así que su cuerpo formaba una escuadra y en lugar de Amaia parecía una escalera de mano. Nos quedamos todos mirándola sin saber qué más hacer. Su padre empezó a interrogarnos, quería conocer todos los detalles.

Le explicamos que había sido un mosquito. No habíamos llegado a ver de qué tipo, pero imaginábamos que no era uno de los de toda la vida de Alcobendas. Tenía que ser una especie rara, de esos que pasan enfermedades como el dengue o la fiebre amarilla.

Entonces comenzamos a discutir los siguientes pasos.

Rober propuso ir a buscar un médico. Al padre de Antxón se le debió de olvidar que todos menos Rober somos zombis y que los médicos de los humanos de poco nos sirven, porque sacó corriendo su móvil del bolsillo y empezó a marcar el 112. Como me daba un poco de vergüenza corregirle, le hice un gesto a Antxón, que entendió a la primera, y le quitó el teléfono. Lo que menos necesitábamos era un humano no simpatizante de la causa zombi hurgando en nuestros problemas. Agarré la silla del escritorio de Amaia y le hice sentarse.

—Creo que será mejor que llamemos a la gente de la asociación —dije.

La asociación de zombis se llama en realidad PAHC: Plataforma para Afectados por el Hedor del Cabrales.

Es un nombre para despistar. Lo que nos pasa a los zombis es que nos despertamos por la mañana fresquitos, con mejor aspecto incluso que algunos humanos, pero a medida que pasa el día nos vamos pudriendo y empezamos a oler un poco mal. A eso de las cinco o seis de la tarde comenzamos a perder partes del cuerpo; lo llamamos “la hora de los cachos”. Por este motivo fundaron la asociación, sabían que todo aquel que oliese mal acabaría allí. También se interesó por la asociación algún humano con hábitos de higiene bastante cuestionables, pero bastaba con decirle que no olía a cabrales, sino a cebolla revenida, y arreglado. Se iban por donde habían venido.

En fin, que gracias a la asociación nos fuimos conociendo los zombis que vivimos en Alcobendas. Antes de que pasase lo de Amaia, siempre habíamos pensado que podían existir otras comunidades zombis, pero no teníamos ni idea de dónde podían estar.

La asociación cuenta con un local que nos ha cedido el ayuntamiento. Es un lugar de encuentro desde

donde se coordinan distintas iniciativas. Por ejemplo, se creó una campaña dentro del colectivo para que dejásemos de usar la palabra “pudrir” y la reemplazásemos por “deteriorar”, que es políticamente más correcta. Además, se empezaron a organizar quedadas de juegos de mesa, fiestas de disfraces... para que los más jóvenes nos fuésemos conociendo e hiciésemos nuevos amigos zombis. Nosotros también llevábamos a Rober de vez en cuando, porque sabía que éramos zombis y nos aceptaba sin hacer preguntas, por eso le dejaban venir a jugar.

La PAHC era el único lugar que se me ocurría para buscar ayuda, así que insistí:

—Deberíamos ir a la asociación a preguntar.

—Espera, Noa. Antes, vamos a mirar en Internet —sugirió Rober.

Y los tres se pusieron a buscar en los móviles.

En Internet, claro, se habla mucho de zombis, pero muy poco de las picaduras que dejan a los zombis catatónicos.

El tiempo pasaba y ellos seguían buscando. Me estaba poniendo muy nerviosa. Iba a pegarles un buen berrido para que me hiciesen caso, pero no hizo falta, porque la madre de Antxón lo hizo por mí:

—Por favor, Nicolás, ya estás yendo a la asociación a buscar a alguien que sepa cómo ayudarnos. ¡Ahora mismo! —gritó mientras empujaba a su marido hacia la puerta.

El padre de Antxón se puso la chaqueta, más por ocultar su podredumbre que porque hiciese frío, y se marchó. Nosotros nos quedamos allí parados, mirando a Amaia. No sé si era una simple impresión, pero me pareció que estaba cada vez más pálida.

Le pedí a Antxón que me acompañase a casa a contárselo a mis padres, a ver si también podían ayudar.

—Bueno, es que... Casi mejor me quedo aquí y espero a que vuelva mi padre —me contestó, mirando de soslayo a Rober.

Claro, lo que no quería era que su amigo se diese cuenta de que le daba miedo venir a mi casa. Solté un bufido.

—Pues vale, no me acompañes, ya voy yo sola —repliqué con la esperanza de que se ablandase.

Pero no logré nada, incluso se sentó en el sofá reivindicando su postura. Y a mí no me quedó otra opción que irme sola a casa.

